

FR. ANIBAL E. FOSBERY O.P.

---

# REFLEXIONES SOBRE LA ORGANIZACIÓN MAYOR



UNIVERSIDAD  
**FASTA**

UNIVERSIDAD FASTA EDICIONES  
MAR DEL PLATA, ARGENTINA  
2010 - 2016 BICENTENARIO DE LA PATRIA

# **Reflexiones sobre la Organización Mayor**

**Universidad FASTA**  
Autoridades

Gran Canciller  
Fr. Dr. Aníbal Ernesto Fosbery O.P.

Rector  
Dr. Juan Carlos Mena

Vice Rector de Formación  
Pbro. Dr. Néstor Alejandro Ramos

Vicerrector Académico  
Dr. Alejandro Gabriel Campos

Vice Rector de Asuntos Económicos  
CPN. Pablo Federico Vittar Marteau

Delegado Rectoral sede Bariloche  
Dr. Hector Luis Partridge

# **Reflexiones sobre la Organización Mayor**

**Fr. Dr. Aníbal Fosbery O.P.**

Universidad Fasta Ediciones  
Mar del Plata, 2014

Fosbery, Aníbal Ernesto

Reflexiones sobre la organización mayor. - 2a ed. - Mar del Plata : Universidad FASTA, 2014.

E-Book.

ISBN 978-987-1312-65-8

1. Espiritualidad Cristiana.

CDD 248.5

Fecha de catalogación: 23/07/2014

Miembro de la Red de Editoriales Privadas de la República Argentina, REUP



Disponible en versión PDF y Epub en [www.padrefosbery.info](http://www.padrefosbery.info)

eISBN 978-987-1312-65-8

Editor Lic. José Miguel Ravasi

© 2014 CRAI Universidad FASTA Ediciones



Reflexiones sobre la organización mayor by [Anibal Ernesto Fosbery. Universidad FASTA](#) is licensed under a [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-Sin\\_ObraDerivada 3.0 Unported License](#).

# Contenido

Presentación.....	7
Nota previa.....	8
Construcción del Reino.....	9
La invisible presencia del Reino de Dios.....	11
La oración .....	21
Fe y acción en la construcción del Reino.....	23
El Espíritu Santo en FASTA.....	25
Los dos principios .....	25
La memoria institucional.....	30
Tenemos que pensar en esta nueva acción .....	37
El diezmo .....	38



## **PRESENTACIÓN**

Una oportuna iniciativa del Mil. Héctor Bruera, Delegado de la Formación Doctrinal para la Organización Mayor, ha hecho posible reeditar estas Reflexiones para la Agrupación Mayor, que salieran a la luz en 1982, pocos años después de la muerte de Oscar Carlos D'Agostino, nuestro entrañable amigo y jefe nacional.

El volverlas a leer nos retrotrae a aquellos tiempos en que mucha de las cosas que hoy se viven en FASTA aún no estaban planeadas. Pero es evidente que la Ciudad Miliciana ya estaba en germen, iluminada y guiada por el Espíritu Santo.

Después vino lo que vino y las cosas de Dios seguirán viniendo, como antes, como entonces, como ahora. Los nuevos milicianos que lean por primera vez estas Reflexiones, encontrarán algunos términos referidos a FASTA que hoy han caído en desuso, como el de "institución", pero que siguen siendo valederos. También podrán notar que faltan otros como el de "Ciudad Miliciana", "carisma", "espiritualidad", "convivios", etc. Vinieron después, con el tiempo.

Sólo resta disponer el corazón para que el Señor, a través nuestro, pueda seguir obrando. Encontrarnos una vez más con estas páginas es como tener la experiencia evangélica de "lo nuevo y lo viejo", con que el Señor describe, en sus parábolas del Reino, a la Iglesia.

El hoy y el ayer se hacen uno, sólo vistos desde la eternidad. Quizá por eso, cada tanto, FASTA debe convocarnos a orejear la boina y aceptar el desafío siempre nuevo de escalar montañas.

Fr. Dr. Aníbal FOSBERY O.P. Fundador y Presidente de FASTA



## **NOTA PREVIA**

La Delegación de Formación Doctrinal solicitó y obtuvo del Padre Fundador y Presidente de FASTA, a la vez Director de Formación, la autorización necesaria para reeditar estas Reflexiones.

La primera edición, hecha cuando la Institución cumplía veinte años de vida, fue profusamente distribuida y aún hoy se encuentran ejemplares en poder de un elevado número de milicianos.

Dicha edición fue el resultado de una intensa y meritoria tarea de desgrabación e impresión con precariedad de medios. Por ello, a pesar del esfuerzo, la buena voluntad y la capacidad de quienes realizaron el trabajo, que sirvió para conservar tan valioso documento, la primera edición presentó algunas deficiencias.

En esta reedición, que pretende hacer la lectura menos dificultosa, se corrigieron errores como el empleo indebido de mayúsculas y algunos términos incorrectamente desgrabados (por ejemplo, "cultural" en lugar de "cultual", y se modificaron algunas expresiones propias, del lenguaje oral). También se ha hecho algunas pocas modificaciones en frases que, precisamente por pertenecer al discurso oral, se tornaban confusas.

Todo ello, claro está, poniendo el mayor cuidado en no alterar, en lo más mínimo, el sentido de lo expresado por el Padre Fundador.

Es de notar cómo estas Reflexiones, expuestas en aquella oportunidad, tienen plena vigencia en el presente. Baste recordar que, cuando aún la Organización Mayor se hallaba en la búsqueda de su concreción, el Padre Fundador ya definía, a través de las entonces llamadas "comunidades de base", la realidad de los actuales convivios, incluyendo el riesgo que podía resultar de cerrarse en un aislamiento.

Al final del capítulo "La memoria institucional", esta Dirección agrega algunas consideraciones de lo que FASTA enfrentaría en virtud de su crecimiento y expansión: era un anuncio de la futura Ciudad Milicana.

También se ha agregado, al final del capítulo "El diezmo", un cuestionario para invitar a la meditación acerca de nuestra generosidad hacia la Institución.

Esperamos que se cumpla el propósito de facilitar la nueva lectura y reflexión a aquellos que ya lo han hecho y su utilización por parte de tantos miembros nuevos que se han incorporado a FASTA a través de los convivios.

El texto de esta edición fue revisado cuidadosamente. No obstante, es más que probable que aun así contenga errores. Si pocos o muchos, no lo sabemos. De todos modos, los que se hayan deslizado, son involuntarios y pedimos disculpas por ellos.

## **CONSTRUCCIÓN DEL REINO**

La construcción del Reino es nuestro objetivo. Es el Reino de Dios que ya está en medio de nosotros, pero, al mismo tiempo, tenemos que hacerlo crecer.

Si nos preguntamos qué razón de ser tiene lo que estamos haciendo, yo no dudaría en contestar: "Estamos construyendo el Reino de Dios que ya está en medio de nosotros desde el momento en que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".

Pero desde el momento en que nuestra vocación de cristianos impone como consigna y como objetivo construir el Reino de Dios, se plantea una primera disyuntiva, casi dialéctica: la disyuntiva de la fe y la acción. Porque este Reino de Dios nos incorpora a una tal dimensión de misterio que, por un lado, nos reclama un compromiso de fe; pero, por otro lado, nos reclama un compromiso de acción. Este Reino de Dios tiene que tener alguna visibilidad, alguna presencia, desde donde se construya sensiblemente.

Lo que ocurre es que tanto la fe como la acción tienen sus parámetros de realización, tienen sus lugares adecuados de realización y pareciera que no siempre estos lugares de realización entre lo que es la fe y lo que es la acción se integran adecuadamente.

Cuando de repente la realidad temporal reclama mis compromisos, parecería que me olvido de la fe. Cuando soy convocado por la fe, me parece que no termino de conformar mi existencia con la realidad temporal.

Hay un deslinde existencial donde termina lo invisible y empieza lo visible. Hay un deslinde existencial donde se regodea la fuerza de la fe pero donde tiene que empezar también a tener presencia la realidad de lo temporal.

Y aquí está la realidad como el sustrato del estilo de la espiritualidad que nosotros reclamamos: ¿somos hombres de fe? Si lo somos, estamos convocados por la fe, sentimos la fuerza de nuestro bautismo.

¿Somos hombres de acción? Si lo somos, queremos estar presentes en la construcción del mundo, en la realidad temporal de las cosas.

¿Cuál puede ser la base, el estilo, el fundamento de nuestra espiritualidad?

Tendrá que ser una síntesis en la que yo estoy sujeto a las disyuntivas dialécticas de los reclamos de la convocatoria de la fe y los reclamos de la convocatoria de la temporalidad, síntesis existencial desde la que conformo mi dimensión de la fe con la convocatoria o exigencia de la temporalidad.

Es fácil darse cuenta de que esta primera aproximación al tema está poniendo como base de sustentación la respuesta personal de cada uno.

Quiero decir que, si nuestra consigna es construir el Reino, y este Reino de Dios tiene dos dimensiones, lo visible y lo invisible, no podemos construir el Reino sin que, personalmente, en la dimensión existencial, alcance a conformar esta realidad del Reino en mí. Por eso dice el Señor que el Reino de los cielos está presente entre nosotros; es la dimensión donde yo conformo los reclamos de la fe con la construcción de la temporalidad.

Construyo la Ciudad de Dios y construyo la ciudad de los hombres.

Soy ciudadano de estas dos ciudades, de estos dos destinos, y no puedo renunciar a ninguno de ellos. Y tampoco puedo hacer que estos dos destinos caminen paralelos. Tienen que encontrarse, tienen que integrarse, porque, en definitiva, no hay ninguna fórmula integral de realización que no termine en un llamado de Dios a la unidad.

Tengo que ser uno. En la medida en que yo sea dos o me multiplique en tantos hombres cuantos sean en el vértigo de las cosas que me cautivan, me voy dividiendo o atomizando y no puedo tener respuesta adecuada a las múltiples exigencias de mi realización personal.

Tengo que ser uno, con la misma realidad con que el Padre y el Hijo son uno. Recuerden la oración del Señor en la última cena: "Padre Santo, que sean uno como tú y yo somos uno".

Reflexionemos acerca de las dimensiones sobre las cuales se funda la construcción del Reino:

1. Construir la presencia invisible del Reino de Dios en nuestros corazones.
2. Desde esta invisible presencia de Dios en nuestros corazones, construir la temporalidad. Y aquí es donde se apoya la realidad institucional. La Institución estará colocada como instrumento de evangelización y de salvación. Será parte del Reino de los Cielos.

## La invisible presencia del Reino de Dios

En primer lugar, este Reino de Dios en los corazones se hace presente por un acto de fe: por la fe yo convoco al Señor en mi Espíritu. Aquí hay algo misterioso. Cuando el Señor le dice a Pedro: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia", está hablando en futuro, porque siempre será el Señor el que edificará el Reino. Nadie lo puede edificar si él no lo hace; por eso decía el salmista: "*Nisi Dominus aedificaverit domum, in vano laboraverunt qui edificant eam*" (Si el Señor no edifica la casa, en vano trabaja el jornalero). El que edifica el Reino es el Señor y, por tanto, es a Él a quien debemos llamar, convocar, para que se haga presente.

Hay dos modos de convocatoria. El primero es la convocatoria por la fe. Ésta es violenta, fervorosa, porque el acto de fe no termina en ninguna formulación doctrinal: termina en Cristo, que es el objeto de la fe. La fe termina en el Señor y, por eso, la Iglesia dice que la fe es el principio de toda salvación, porque nos encuentra con el Señor; no nos encuentra con una cultura, con un conjunto de conceptos, con un modo de vida.

Así es como construimos la dimensión invisible del Reino del Señor, convocándolo fervorosamente desde la fe, como hizo aquel ciego de nacimiento que a la orilla del camino preguntaba ¿quién es el que pasa?, y al recibir la respuesta de que era el Señor, comienza a exclamar, a gemir por su presencia, sin hacer caso a los que a toda costa querían hacerlo callar.

Este clamor tiene sus frutos, porque el Señor se acerca y le pregunta: "¿Qué quieres que haga?", y el ciego le respondió: "¡Señor, haz que vea!". Y entonces le devuelve la vista.

El segundo modo de convocatoria: "cuando dos estén reunidos en mi nombre, yo estaré en medio de ellos".

La unidad matrimonial tiene condicionamientos educativos, biológicos, sociológicos, pero, sobre todo, tiene fundamentación teológica, por aquello de que "allí donde dos estén reunidos en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos"; consecuentemente, cuando yo quebranto la unidad estoy quebrantando la posibilidad de que Dios esté en medio de nosotros.

Volviendo al primer modo de convocatoria, la construcción del Reino invisible de Dios, convocado desde la fe, ello supone una actitud de disponibilidad, un encuentro con Cristo, es decir, un cambio de vida. Porque nadie se encuentra con Cristo sin percibir un cambio de vida.

Los ejemplos del Evangelio son muy elocuentes: la samaritana, el encuentro de Zaqueo, el de los apóstoles. Es decir, que no se puede construir la presencia del Reino de Dios en el corazón sin que algo cambie. Zaqueo devolvió todo lo robado, la samaritana se purificó, los apóstoles se santificaron.

Y Cristo, por esta actitud, me devuelve el "ciento por uno", la vida eterna.

Los apóstoles que, como nosotros, valoraban tanto lo que hacían, le preguntan al Señor:

*"Señor, a nosotros, que lo hemos dejado todo y te hemos servido.*

*¿Qué nos vas a dar?"*

Con esta pregunta pareciera que los apóstoles valoraban en demasía lo que hacían.

Siempre ponemos precios a las cosas, sobrestimamos lo que hacemos, por un defecto de orgullo o soberbia.

Pero el Señor no se inmuta y contesta:

*"a ustedes que me han seguido les daré el ciento por uno y la vida eterna"*, sin hacer alusión alguna a lo que ellos habían dejado para seguirlo.

A partir de la Encarnación del Verbo ("Y el Verbo se hizo carne...") comienza el Reino de los cielos.

Se nos entrega el Reino y los contenidos del Reino; se nos entrega la Palabra de Dios, Palabra de vida eterna, dinámica, que no cambia, para entregarla a todos y cada uno de los hombres y que, por tanto, requiere respuestas personales.

Ésta es la primera dificultad: la respuesta personal.

La Palabra de Dios se da en la Iglesia y desde la Iglesia a cada uno en particular.

Por eso la respuesta debe ser personal: la Palabra de Dios se nos transmite a cada uno. Palabra viva, porque el Señor conoce a cada uno por su nombre: *"hasta los cabellos de tu cabeza están contados"*.

Consecuentemente, la respuesta personal a la Palabra de Dios es la fidelidad a esta Palabra que no cambia y, también, a la transmisión de esta Palabra que el tiempo y las circunstancias van enmarcando y condicionando.

La Palabra viene a salvarme a mí y al otro; nos viene a salvar a todos, viene a iluminar una temporalidad concreta en un tiempo y en un espacio concreto.

Por un lado, compromete la fidelidad para lo que no cambia, pero, por otro lado, él quiere construir el Reino, y me obligó a tener la sensibilidad necesaria para percibir qué es lo que cambia.

La Palabra que ilumina la situación concreta de cada momento y de cada tiempo va generando la posibilidad de compromiso con la Palabra de Dios que no cambia. Esta exigencia se apoya en dos notas fundamentales de la personalidad de la Iglesia: su memoria y su conciencia.

La Iglesia tiene una memoria imperturbable que llega hasta los albores de la creación.

Todo lo que puedan decir los científicos, los tecnócratas, los sabios, ya lo sabe la Iglesia. Lo que puede alcanzar la ciencia, la Iglesia lo conoce de un modo imperturbable y sereno; por ello puede decir con toda tranquilidad, tanto en el año uno como en todos lo que lo siguieron y lo seguirán: "*esto es de Cristo, esto no es de Cristo*".

La fidelidad a la Palabra se funda en la memoria imperturbable de la Iglesia y yo creo en ella como en la Iglesia. La Iglesia, que recibe la Palabra, me presenta como testimonio de fe la vida de los mártires, la de los santos, resultado del cumplimiento de esta alta misión de evangelización que ella realiza.

Ella muestra, además, en la perturbable y cambiante secuencia de los siglos y de los tiempos, una permanente, asombrosa e inusitada fidelidad en su enseñanza y en su doctrina.

La fidelidad a la Palabra de Dios en mi corazón supone un crecimiento interior, porque voy creciendo en la fe en la medida en que voy resolviendo las exigencias existenciales de mi vida.

Las exigencias de esta Palabra me van dando respuestas, desde la fidelidad a Cristo, a la que fui convocado, para resolver la situación compleja de mi vida desde esta opción en la que he comprometido el ejercicio de mi libertad.

He elegido a Cristo y, con esa elección, he comprometido de modo total mi libertad.

Estas respuestas existenciales suponen un contexto dramático en mi resolución.

¡Ojalá se resolviera como se resuelven las ecuaciones matemáticas!

¡Ojalá pudiéramos encontrar la alquimia maravillosa desde la cual, por un extraño método de aplicación, yo resuelvo de modo definitivo y para siempre las posibilidades de mi salvación!

Pero no, esas fórmulas no existen.

Aquí está y seguirá estando presente un llamado de Dios, una convocatoria del Señor, que está presente desde la fe: el ejercicio de mi libertad y, después, las situaciones históricas desde las que se irá quebrando y desenhebrando mi vida.

Cuando empiezo a asumir todas las realidades de mi vida desde la fe, voy adquiriendo algo así como el *sensus fidei* (sentido de la fe), que es un instinto interior entrañable, íntimo, de dentro, que nace de esta fidelidad. Una fidelidad que, insisto, se funda en la confianza en la Iglesia; que descansa en la Iglesia y que se enriquece de esta confianza.

Este sentido de la fe, que es una suerte de olfato, de instinto, de sentido de las cosas de Dios, es lo que mueve a aquella pobre viejecita que no sabe nada de teología y nunca ha leído un artículo de vida pastoral, la cual, sentada al final de la Iglesia, escucha predicar al cura y dice:

*"¡a mí no me gusta como habla este sacerdote!"*

¿Y qué es lo que le hace decir eso? El *sensus fidei*, el sentido de la fe.

Ella sabe, como decía san Pablo, que aunque viniese un ángel y predicase lo contrario, ¡sea anatema!

De manera que si viene un cura, que es menos que un ángel, y predica lo contrario, ¡sea anatema!



Tenemos que construir la presencia invisible del Reino como objetivo, como consigna.

1a condición: convocarlo al Señor desde la fe, para que esté presente en mi corazón.

2a condición: buscar a alguien que me acompañe, porque estoy cierto de que "allí donde hay dos reunidos en mi nombre, allí estaré".

3a condición: la disponibilidad interior para seguir a Cristo.

4a condición: construir la interioridad por la conversión y la oración.

5a condición: crecer en la dimensión cultural de la Iglesia.

Recibo la Palabra que no cambia, que es la Revelación de Dios, y luego, desde ella, voy viviendo y conformándome, respondiendo a las exigencias existenciales de mi vida desde esta Palabra de Dios que no cambia.

Cada uno sabrá en qué medida responde o no responde, traiciona o no traiciona.

Desde el momento en que el Señor ha sido convocado en nuestro corazón, estalla infinita misericordia del Cristo por salvarnos, que se queda ahí, entre nosotros, hasta el final de los tiempos, para que compartamos, para que descubramos que frente al vértigo de las cosas que pasan, está el éxtasis de las cosas que no pasan.

El problema está en elegir entre el vértigo y el éxtasis.

Pero todavía hay otra dimensión de fidelidad a la palabra que es importante tener en cuenta.

Es necesario tener sensibilidad para percibir la circunstancia histórica que condiciona la predicación, la transmisión y la vigencia de la Palabra de Dios.

No se trata de tener fidelidad a la Palabra sin hacerla fructificar. La recibo, la escondo en mi pañuelo, la guardo y la conservo porque vendrá el Señor y me preguntará:

"¿Qué hiciste con lo que te di?"

Diré yo: "*Bueno, mira, Señor, como me dijeron que eras un juez duro y juzgabas con mucha dureza las cosas, recibí tu Palabra y la guardé para que no se perdiera*".

El Señor responderá: "*Siervo imprudente*".

La fidelidad a la Palabra significa que el que la recibe debe hacerla fructificar y, para hacerla fructificar, debe tener un profundo sentido de la realidad histórica.

Así como en esta fidelidad a la Palabra que no cambia descanso en la memoria de la Iglesia para construir el Reino, la fidelidad a la Palabra en orden a la percepción histórica circunstancial y condicionante de los tiempos descansa en la exquisita y fina conciencia de la Iglesia.

De ahí que afirmamos que la Iglesia tiene dos notas constitutivas de su personalidad: su memoria y su conciencia.

1. Una memoria inmutable e infinita que llega hasta los albores de la creación.
2. Una conciencia que le permite percibir con toda claridad lo que está pasando, lo que está ocurriendo e, inclusive, predecir lo que puede llegar a ocurrir.

Para construir el Reino no puedo prescindir de un profundo sentido histórico, el cual se debe fundar en una percepción de la historia desde el plan y el proyecto de salvación que Dios tiene para los hombres.

Aquí viene toda la dimensión doctrinal-espiritual que necesitamos para construir el Reino. El Reino de Dios tiene, como primer lugar de acatamiento, lo más íntimo, lo más entrañable de nuestra conciencia. Si yo no cultivo esa intimidad, si yo no me espiritualizo desde dentro, ese Reino de Dios no tiene dónde apoyarse.

¿Y cómo me espiritualizo interiormente? En lo más entrañable, en lo más íntimo, tengo que comenzar un proceso de sacralización para que en mi vida haya un espacio interior, una intimidad interior para el espíritu.

Ésta es una tarea difícil, empeñosa, profunda, delicada, complicada; hay que poner en acto todas las fuerzas de nuestras potencialidades, de nuestras capacidades de acción.

Nosotros podemos visualizar con facilidad todo lo que pueden producir nuestras capacidades si las volcamos para el logro y la construcción de un objeto exterior.

En estos últimos setenta años, desde estos criterios y desde estas perspectivas, el hombre ha podido lograr cosas inauditas. Y tanto es así que hoy, prácticamente, es posible programar cualquier cosa.

Es un problema de tiempo, porque cada vez hay menos tiempo y cada vez son más exquisitas y más sofisticadas las instrumentaciones de las cuales el hombre puede hacer uso.

De tal manera que esta vida hacia afuera, donde el hombre logra, en el desarrollo del poder, el dominio de la naturaleza que lo rodea, es fácilmente esquematizada; y es fácil ver cómo, poniendo en acto todas las potencialidades de acción del hombre, se logran objetivos inusitados e imprevistos.

Tendremos esta misma posibilidad, esta misma capacidad de recursos, si nos decidimos a volcar este mismo esfuerzo hacia dentro de nuestra intimidad, hacia el hombre íntimo de nuestro corazón para espiritualizarlo, para hacerlo crecer y crecer.

Pero hay aquí dos métodos fundamentales a tener en cuenta. Para espiritualizarme tengo que convertirme.

Mi primera conversión será pasar de los intereses de afuera a los intereses de adentro, de los intereses temporales a los intereses espirituales. Es necesario que yo tenga en mi vida, fuerte y vigente, las realidades de Dios, las realidades del Reino.

Es necesario que tenga fuerza en mi vida la esperanza del Reino, que espere el Reino. Es decir, que la condición de

espiritualización e intimidad pone en acto la conversión. No tengo que convencerme, tengo que convertirme.

En cuanto yo quiera estar en la dialéctica del convencimiento, es muy posible que salga menos convencido que antes, porque me van a traicionar los pre-conceptos, me voy a enredar porque me van a jugar una mala pasada los intereses momentáneos, porque el hombre siempre encuentra una explicación para cualquier cosa.

En cuanto yo quiera explicar lo que no se puede explicar, en cuanto yo quiera entender lo que no se puede entender, voy a terminar menos convencido y más lejos de mi conversión.

Pero en cuanto yo quiera convertirme aunque no entienda, en cuanto yo quiera dar el paso aunque las cosas no lo aconsejen, en cuanto yo esté dispuesto a no negociar lo que no es negociable, a partir de ahí podré acercarme a mi conversión.

Tengo que convertirme, y convertirme significa dar el vuelco sobre mí mismo, en mi mente y en mi corazón, motivado por los profundos intereses de las cosas de Dios y las cosas del Reino.

Claro, aquí también es muy importante decir: ¿cuántas veces se convierte uno?

Darí la impresión de que una sola vez.

Yo diría: se convierte siempre. "*¡Señor! ¿Cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano? ¿Setenta? -Setenta veces siete*".

A la pregunta: ¿cuántas veces nos tenemos que convertir?, respondemos: tantas veces cuantas tenga que perdonar a tu hermano.

Y yo hablo del primero de los hermanos, que es Cristo en el Evangelio. Tantas veces el Señor tenga que perdonarte, esas tantas tienes que convertirte.

Entonces, cada vez que tengas que pedirle perdón al Señor te tienes que convertir.

Porque la conversión es el paso del estado del pecado al estado de gracia. Por tanto, para que pueda convertirme, es

imprescindible que esté dispuesto a pasar del estado de pecado al estado de gracia; es decir, que la conversión supone descubrir, por un lado, quién es Dios y, por otro, quién soy yo.

¿Qué significa Creador y criatura? Significa descubrir quién es el Señor y qué es su justicia. Significa descubrir quién es Cristo y su misericordia. Significa entender la vigencia y valor moral de mi pecado, no como simple quebrantamiento intencional a una norma.

Éste es un concepto puramente jurídico del pecado. Interesa entender el pecado como el quebrantamiento de un estado de justicia proclamado y querido por Dios, y corrompido por mí.

Consecuentemente, significa descubrir el débito que la misma justicia reclama, más allá de la legitimidad jurídica del acto, por el peso mismo de esta justicia quebrantada, teniendo en cuenta que es un no querer lo que Dios quiere.

Este quebrantamiento a la justicia divina adquiere tal demérito que por mí mismo no puedo devolver en justicia lo que estoy obligado a restituir.

¿Cómo restituyo? ¿Cómo saldo el peso de la justicia? Convirtiéndome. Convertirme es descubrir esta dimensión misteriosa y terrible del pecado, pero, al mismo tiempo, descubrir la misericordia infinita de Dios que llegó.

Y ahora entiendo por qué el Verbo se hizo carne.

Y ahora entiendo por qué el sacrificio de la Cruz.

Y ahora entiendo por qué el precio infinito del pecado

Y ahora entiendo por qué quiere salvarme.

Y ahora entiendo por qué sólo puedo ser salvado por Dios mismo. El Señor viene, me visita, me rescata de mi pecado. Convertirme equivale a un acto de misericordia de Dios, es descubrir la vigencia permanente de esa misericordia de Dios. Cada vez que me acerco y reclamo misericordia por el único medio que existe, que es la humillación, estoy con Cristo. Cuando más distante estoy de esa misericordia, menos convertido estaré.

## La oración

La cuarta condición para la construcción del Reino, que es entrar en la intimidad de mi espíritu por mi conversión y oración, no se puede lograr si yo no clamo, no grito, no hablo al Señor. Eso es la oración.

El grito desesperado, silencioso, angustiado de aquel que, desde su debilidad, pide misericordia, se acerca a Dios y le puede decir Padre, y así podré tener la presencia invisible del Reino de Dios en mi corazón.

Se trata de una plegaria personal y privada, según recomienda el Evangelio, a puertas cerradas. Las caras tristes de los que ayunan que quieren mostrar por fuera lo que no sienten por dentro, es propio de los hipócritas.

Quiero insistir sobre la oración a riesgo de ser reiterativo, les diré que es una angustia interior, íntima, que tiene la solera de la soledad y el misterio íntimo de lo que solamente debe conocer Dios.

La conversión y espiritualización interior me lleva, en el caso de la Palabra, a descansar en la memoria y la palabra de la Iglesia, porque solo, con mis propias palabras, no podré realizarlo.

¡Estoy tan prieto de intereses materiales! Tan gastado de carne, frecuentemente convocado por estrecheces y mezquindades, que se me escapan entre los dedos como escapa el agua cuando quiero tomarla con la mano.

Me veo obligado a descansar en algo que me ayude a objetivar la posibilidad de esta intimidad y esta espiritualización. Me convierto a la oración, no sólo privada, sino que vaya a descansar en la oración de la Iglesia y voy a crecer en el crecimiento sacramental de la Iglesia.

La devoción es subjetiva y particular. Nosotros, sin desdeñar la devoción, queremos poner mayor énfasis en lo cultural.

Es en lo cultural donde la Iglesia ejercita, como Cuerpo Místico, la virtud de religión, y mediante la cual la Iglesia le ofrece a Dios el culto que merece.

Nosotros, por nuestra cuenta, no podemos darle a Dios el culto que se merece, ni juntando todas las oraciones de todos los fieles, porque no tienen el mérito infinito que tiene que tener el culto hecho para llegar a Dios.

El valor de ese culto no se mide por el fervor ni la intención, sino desde la dignidad de Aquél a quién se dirige.

Sólo la Iglesia puede ofrecer ese culto, porque, cuando ella ora, realiza una acción sacramental y lo hace en la persona de Cristo.

Recién ahí cobra mérito mi plegaria y entonces comprendo la Misa del domingo. Es el culto por antonomasia.

Es el sacrificio perfecto, porque es el sacrificio de su mismo Hijo, con todo el mérito de Cristo, y es el sacramento que hace llegar toda la gracia necesaria para mi salvación.

Construir la dimensión invisible del Reino supone crecer en esta dimensión de plegaria privada y plegaria cultural pública.

Sintetizo. Nuestra consigna: ***construir el Reino.***

Punto de partida: un acto de fe por el que convoco a Cristo. Y, a partir de allí, convocado por el Señor, una disposición interior para seguirlo: "*Te seguiré donde quiera que vayas*".

Luego, ese seguimiento del Cristo manifestado en una fidelidad a la Palabra en sus dos matices:

1. Fidelidad a la Palabra, que no cambia; crecimiento en esa fidelidad y descanso y confianza en la memoria de la Iglesia.
2. Crecimiento hacia adelante, porque entrego esta Palabra, asumiendo las situaciones históricas concretas que la condicionan, para poder encarnar el mensaje de salvación.

Como mensaje de salvación al tiempo y al ahora concreto mío y de los demás, descanso en la conciencia de la Iglesia, que tiene la firmeza de poder leer en los signos de los tiempos como en la historia del hombre. Se entremezcla, se entreteje la misteriosa historia del plan de salvación de Dios.

Crezco en la intimidad y espiritualización, convirtiéndome a Dios, que es el intento de poder pasar del estado de pecado al estado de gracia: me convierto.

Y, por último, me abro en el crecimiento de espiritualización e intimidad de la plegaria privada, que nadie ve ni conoce, pero que yo sí conozco porque lo hago delante de Dios, y además, crezco en la dimensión cultural de la Iglesia apoyándome en ella como Cuerpo Místico de Cristo, que le rinde a Dios el culto que se merece. Participo del culto, de modo especial, en la eucaristía dominical.

Decíamos al comienzo que construir el Reino era enfrentar la dialéctica de la fe y la acción. Les he mostrado, en este primer intento de reflexión, hasta donde llega la fe para poder construir el Reino.

Nos queda por ver cómo podemos construir el Reino desde la acción.

## **FE Y ACCIÓN EN LA CONSTRUCCIÓN DEL REINO**

Hemos visto los requerimientos de la fe para la construcción de la dimensión invisible del Reino de Dios.

Veremos ahora los requerimientos de la acción para la construcción de la dimensión visible del Reino de los Cielos. Porque este Reino de Dios tiene una dimensión visible y hay que construirla.

La primera condición que reclama la acción en orden a la construcción del Reino de los Cielos es la unidad.

Es una unidad de acción, pero no se funda en ella.

Es una unidad que se funda en la fe, porque la dimensión formal de esta unidad está dada por la Palabra que recibimos y por la adhesión a la jerarquía que necesitamos.

Reclama la unidad: porque, repito, no es una unidad que se funda en la acción misma, ni siquiera se funda en el compromiso unificante de quienes la realizan.

Es mucho más honda, mucho más profunda, porque es el primer postulado que nosotros debemos tener muy claro cuando



hablamos de acción referida a la construcción del Reino de los Cielos.

Ese postulado es que esta acción es la del Espíritu Santo, porque el sentido de esta acción no puede valer por sí misma, sino en la medida en que sea una acción que santifique, que tenga algún tipo de relación o dependencia con la salvación. Si no, no es una acción puesta para la construcción del Reino.

De manera que no toda acción sirve: debemos procurar que tenga una referencia a la salvación.

Quiero insistir en esto, que es muy importante: la dimensión de la acción para construir el Reino de los cielos se basa en la unidad.

Es una acción que tiene que tener algún tipo de dependencia, de ordenación a la salvación, si no, no construyo el Reino de los Cielos; construyo la temporalidad, que es otra cosa.

Relación que no tiene por qué ser directa o inmediata, pero al menos debe ser virtual, aunque más no sea en la intencionalidad de la cosa. Como vehículo o instrumento, vale; por sí misma, no vale.

Consecuentemente, toda razón sociológica o toda razón puramente política o de motivación de interés económico, o de solidaridad, o de lo que ustedes quieran, no vale.

Si no tiene alguna referencia teológica a la salvación, no es una acción que se ordena a la construcción del Reino, aunque pueda valer por sí misma por otros motivos.

Pero nosotros estamos hablando de la acción para construir el Reino, la cual debe recostarse en la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia. Porque esta acción cobra sentido en la medida en que se ordena a la salvación, y todo lo que la Iglesia dice en orden a la salvación es del Espíritu Santo.

No hay nada en la Iglesia que se ordene a la salvación de los hombres que no esté motivado por el Espíritu Santo.

Reitero: todo lo que se dice en orden a la santificación se atribuye al Espíritu Santo.

Es este Espíritu de Dios que debe estar presente, pero para que esto ocurra tiene que haber unanimidad.

El Espíritu Santo crea la unidad, pero exige y convoca para actuar, una cierta unanimidad.

Fíjense en un detalle. En las Sagradas Escrituras, el Espíritu Santo siempre se promete en plural: "*él os enseñara, él os guiará*".

## **EL ESPÍRITU SANTO EN FASTA**

Cuando vemos que en FASTA ocurren ciertos hechos de los cuales decimos que realmente no tienen explicación si no es mediante la intervención de la Divina Providencia, lo que hacemos es mencionar al Espíritu Santo.

De tal modo que este Espíritu Santo es el que inspira, suscita, dirige y orienta toda la obra de la Iglesia.

Al decir Espíritu Santo estoy también reclamando la acción de los apóstoles, porque en la Iglesia hay dos co-principios de acción: los apóstoles y el Espíritu Santo.

## **LOS DOS PRINCIPIOS**

1. a) Id y predicad el Evangelio a todas las criaturas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

b) El que creyere y se bautizare se salvará, y el que no, se condenará.

c) Es necesario que yo me vaya y vendrá el Espíritu Paráclito. Espíritu Santificador, él os enseñará, él os guiará.

d) Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los tiempos.

2. "*Pedro, Pedro, mira que el demonio quiere zarandearte como el trigo en la criba, pero yo he rogado al Padre para que tu fe no desfallezca y, cuando tú te conviertas, confirma en la fe a tus hermanos*".

Entonces, en la Iglesia hay:

1. Una voz sensible, que es la voz del Papa. Es el modo como temporaliza su voz la Iglesia con la misión de confirmar en la fe, bautizar, porque el Señor estará con nosotros hasta la consumación de los siglos.

2. El Espíritu Santo, entregado como promesa, y Dios siempre cumple sus promesas.

Éstos son los dos co-principios de toda la acción de la Iglesia. De tal manera que, si bien pueden aparecer en ella separados, e inclusive en niveles distintos, es necesario, para que una acción esté ordenada a construir el Reino, que estos dos principios se junten en algún momento.

Si están separados, quiere decir que esa acción destinada a construir el Reino no está clara, porque se necesita el juicio discrecional de la Iglesia para tener la seguridad de que ese Espíritu es de Dios y no del maligno.

Dicho de otro modo, para que una acción esté ordenada a construir el Reino, tiene que tener misión en la Iglesia. La misión significa el encuentro del Espíritu Santo, que inspira y motiva, con la voz de la jerarquía de la Iglesia, que la concede. Se necesita misión.

A veces el Espíritu se adelanta a la jerarquía: eso no importa, siempre que lo suscitado sea de Dios. Si es de Dios, se va a encontrar con la Iglesia.

A veces es fácil, a veces no lo es; pero habrá que luchar. Miren a Catalina de Siena, que se pelea con el mismo Papa.

Ya hemos visto cómo construimos el Reino en la tierra. FASTA tiene una vocación de temporalidad, porque ustedes son laicos, tienen una misión aprobada por la Iglesia; por tanto, no dudamos de la misión. La misión genérica de la Institución sí la tenemos, ¡tenemos el Espíritu!

En principio, no dudamos que el Espíritu va a venir si nosotros lo convocamos en la unidad.

Si no hay disensiones, enfrentamientos, egoísmos, calumnias, maledicencia, luchas, ambiciones, mezquindades. Todo eso daña porque quiebra la comunión con los hermanos.

Si la fuerza de nuestro compromiso, la construcción del Reino, es tan fuerte que nos permite pasar por encima de todos los prejuicios, las pequeñeces, las mezquindades, las ambiciones, y no quebramos la unidad porque estamos descubriendo el para qué de lo que hacemos, entonces estamos disponiendo FASTA para recibir al Espíritu Santo.

Pero si, por el contrario, empezamos a funcionar como un partido de ping-pong en la dialéctica de las mezquindades, en la crueldad con el hermano, y le decimos: "devolverne lo que te presté", y lo despreciamos porque nos sentimos dueños de la Institución: "sin mí, qué harían?", entonces es seguro que no creceremos en nuestra misión.

En cambio, si nos damos cuenta de que hay una necesidad de unión teológica para que el Espíritu se haga presente, entonces sí habrá misión institucional. No dudemos, dispongámonos para que el espíritu de comunidad esté en la Institución y para asumir ese espíritu de unidad profundamente construido sobre la caridad.

Porque amo a los que no me aman y quiero salvar -en esta dimensión de comunión entre los hermanos en la fe, en la Eucaristía y en la construcción invisible del Reino- la presencia misteriosa del Espíritu Santo, motivando, inspirando, protegiendo.

Cuando transformo el Ruca en un centro de chismerío infame, burdo y vulgar; en dimes y diretes de mentiras; cuando todos son estafetas del último chisme para recorrer domicilios de los milicianos y contar: "te enteraste?", "viste?". Cuando no tengo la grandeza de espíritu para callar las debilidades del hermano que conozco; cuando no tengo la alegría interior para disimular la amargura del otro; cuando no tengo la fortaleza de espíritu, inclusive, para aguantar las pequeñeces del otro y enfrentarlas con grandeza; cuando no soy capaz de descubrir que, más allá de los gestos y actos que muestran la pequeñez de las cosas, hay también un mundo de alegría y de esperanzas que debemos construir juntos,

en razón de que somos ministros del Reino de los Cielos, estoy muy lejos de comprender la grandeza de mi vocación miliciana.

¡Esto es tan importante! Es la condición fundamental para que nuestra acción no sea simplemente una acción humana, sino que tenga la motivación, la inspiración que requiere el objetivo que nos hemos propuesto. Necesitamos una estrategia teológica; de lo contrario, fracasaremos en las posibilidades de alcanzar el objetivo propuesto.

¿Qué hay que agregar, además, a esta estrategia para la acción? Hay que agregar los apoyos logísticos personales.

¿Cómo se estructuran los apoyos logísticos? Tenemos la estrategia teológica:

a) Condicionando la unidad de corazón para que nos "dispongamos".

b) Tenemos los apoyos logísticos personales, es decir, lo que cada persona que se incorpora a la Institución entrega de lo suyo.

Y aquí es importante el respeto entre nosotros.

Respetarnos significa valorarnos unos a otros según nuestras propias posibilidades y recursos. La dignidad de valorar el carisma del otro, la capacidad y la posibilidad de hacer que ese otro pueda volcar su carisma y su don personal en el ejercicio de la acción institucional.

Hay que rescatar una dimensión personal en la que cada uno de nosotros se dignifique con el aporte de nuestros propios carismas, porque en el ejercicio del carisma personal está en juego la vocación personal de cada uno y, consecuentemente, está en juego el cumplimiento del destino temporal que Dios ha dado a cada uno para que ejercite su carisma.

De modo que no estoy frente a una dimensión puramente humana de personalidad: estoy frente a un hecho también teologal que es, precisamente, este hermano que debe cumplir su misión personal, su destino temporal, para cuyo cumplimiento Dios le ha dado una gracia, un carisma, un don.

¿Cómo distribuyó Dios los dones? No lo sé, es un misterio.

Pero cada uno tiene una gracia suficiente para cumplir con su destino temporal, y de eso no hay dudas.

Entonces, es imprescindible, para que la acción ordenada a construir el Reino tenga valimiento, moverse en esta dimensión de los apoyos logísticos personales, en el respeto profundo de la dignidad de cada uno, descubierta esta dignidad en la necesidad que tiene cada uno de cumplir su destino personal, y de cumplirlo contando con el otro.

Así, en la función, se conjugan dos dimensiones: la de la realización personal y la comunitaria.

Ayudar a quien está en FASTA a descubrir cuál es su carisma, cuál es su don, cuál es su vocación para cumplir su destino temporal, he aquí nuestra consigna comunitaria.

A veces todo esto es muy complicado, no resulta claro. Aquí también aparecen unas fronteras de misterio que no siempre es fácil penetrar: los acontecimientos de la vida de cada uno, individuales, particulares.

Hay momentos muy difíciles en los que las cosas se muestran muy complicadas; en los que, incluso, se llega al borde mismo de las posibilidades de perseverar en la fe.

¡Qué sensibilidad hay que tener para acompañar a los hermanos en estas circunstancias!

¡Qué ámbito humano de realización debe tener FASTA! para que esas dimensiones puedan ser percibidas con la discreción que exige la dignidad de la persona humana y, al mismo tiempo, con el testimonio personal de quien quiere acompañar, de quien quiere escuchar, de quien quiere comprender.

FASTA debe ofrecer un ámbito para que cada uno descubra su propio carisma personal desde el cual elabore su vocación en el cumplimiento de su destino personal.

Debemos descubrir el "don del otro", porque aquí es donde se construye, en la multiforme gracia de Dios, el Cuerpo Místico de Cristo con su catolicidad.

Cada uno tiene su modo personal de realización.

Entonces, ¿cuántos modelos de santidad hay? Tantos como personas existen. Cada uno tiene su propio modelo, porque tiene su propio carisma y su propio destino.

En la medida en que esto fluya y aparezca, que nadie quiera iluminar tanto o intente apagar a los demás, para que nadie se sienta menoscabado, achicado, como empequeñecido por el otro. Es bueno que haya una suerte de alegre, sencilla, confiada, respetuosa y digna convivencia, en la que cada uno, con enorme sencillez y respeto por el otro, muestre lo que tiene y lo que da. Ahí está el Cuerpo Místico de Cristo. Ahí está la catolicidad de la Iglesia.

Sintetizando:

***FASTA debe ser un ámbito adecuado y apto para la realización personal de cada uno.***

Si no, no sirve.

## **LA MEMORIA INSTITUCIONAL**

Dijimos que la presencia del Espíritu Santo obraba en la Institución motivando, inspirando, guiando. La Institución se abre a esta presencia del Espíritu en una convocatoria de unidad y, desde ahí, nos disponemos a escucharlo, salvando entonces la misión orgánica de la Institución.

Porque esta acción exige una estrategia teologal, un aporte logístico personal de cada uno. Pero, además, exige la dimensión orgánica de la Institución. FASTA, como organismo y organización: el organismo vivo institucional vigente en cada uno y en todos sus miembros.

Hablamos de la organización, en función de la cual a algunos de ustedes se les da el carisma de gobierno o conducción institucional. Se trata de un carisma o un don que incorpora al miliciano con una responsabilidad concreta desde la cual está participando en la organización de la Institución, en la "misión jerárquica", en la construcción de la Institución como institución y, además, en el cumplimiento de sus vocaciones personales.

Pero todo esto se integra desde el momento en que descubro en la Institución estas dos dimensiones: el organismo y la organización.

Todo es posible en las inspiraciones que el Espíritu Santo infunde, ya sea en la dimensión personal, ya sea en la dimensión de un equipo de gente, ya sea en la dimensión de un ruca o de una jurisdicción.

Pero esta inspiración tiene que encontrar su cauce y su valimiento en la estructura institucional de la organización. Ésa es la misión específica de quien conduce y gobierna en una obra de la Iglesia.

Esto quiere decir que, en FASTA como organismo, está el cumplimiento de nuestra vocación personal, que se integra al aporte de la institución. Al mismo tiempo, está el cumplimiento de la misión institucional, y ese sentido institucional se logra desde el ejercicio de quien o quienes conducen y gobiernan.

En la Institución nunca nos hemos reunido un grupo de personas para hacer una tarea de laboratorio para imponerla después a los demás.

Siempre hemos buscado que el Espíritu Santo empuje, motive y, a partir de ahí, encauzado el tema que ha surgido motivado en el organismo y ha tomado fuerza institucional a modo de respuesta a alguna necesidad, se ha logrado una convocatoria de unanimidad.

Así se explica el hecho de que milicianos de diversos lugares piensen una misma cosa, sin proponérselo. Y el hecho comienza a tener presencia en el organismo propio de la Institución.

Pero entonces es necesario que, en cierto momento, se pase del organismo a la organización, para que tenga misión dentro de la Institución. Creo que esto ha ocurrido siempre.

En la historia de la Institución hay momentos, acontecimientos, situaciones en las que este método aparece con más fuerza, con más vigor, porque se están suscitando tomas de decisiones, puntos de partida que hacen al crecimiento visible de FASTA como Reino de los Cielos, como instrumento de salvación.



Es entonces cuando esta metodología aparece mucho más visible y más clara.

Estoy haciendo referencia, por ejemplo, al momento fundacional de la Institución. Es evidente que mucha gente, sin hablar, sin pensar, sin decir, dijo sí. Y todo salió según el querer del Señor.

Estoy hablando de cuando la Institución fundó sus cuadros, sus estructuras, sus organizaciones.

Cuando en los Consejos Nacionales se atisbó claramente que el primer paso era la Milicia Juvenil, aquella vieja, prehistórica y pequeña Milicia Juvenil que dio paso a lo que hoyes FASTA.

Recuerdo que algunos de los que nos acompañaron en esa época, se retiraron llorando y diciendo: "nos cambiaron la Institución", porque creyeron que todo se venía abajo, sin comprender que el Espíritu estaba inspirando y la Institución cobraba conciencia y lo asumía todo.

Creo que se darán cuenta de que estoy recordando el Consejo Nacional del setenta y cinco, cuando nos reunimos a recapitular, orientar y normatizar estos largos procesos de acción, asumiendo todas las experiencias válidas para construir la dimensión visible del Reino.

Estoy recordando las muchas iniciativas que después se fueron plasmando, unas válidas, otras no, que se fueron corrigiendo y logrando en la Institución.

Creo que hoy estamos en una de esas situaciones. Pareciera que, de repente, después de una serie de acontecimientos muy serios, muy vivos para FASTA desde el punto de vista histórico, podríamos hablar de los primeros veinte años, dividiendo la vida de la Institución en dos módulos de diez años, porque históricamente parece darse así.

Los primeros diez años, hasta la llegada de Cacho D'Agostino, y a partir de ahí, otros diez años en la Institución hasta su muerte. Se dan módulos bien definidos.

No es el caso de describirlos ahora, pero dejen el tema para que algunos lo piensen, lo midan, lo vean: cómo se conjuga un módulo institucional en estos diez primeros años y cómo tengo la sensación de que empieza a configurarse otro módulo institucional.

Módulo institucional en el que se ve claramente el punto de partida, porque da la impresión de que en estos dos módulos, que configuran veinte años de acción, quedó claramente definido todo lo que se hace en el cumplimiento de nuestro objetivo estatutario primario y, consecuentemente, en el cumplimiento de nuestra misión: formación integral de la juventud que quiere dar a su vida un elevado sentido de amor a Dios y a la Patria.

Entonces, ¿por qué nos va a llamar la atención ahora, si ya se lo hizo otras veces?

¿O es que a alguno en particular se le ocurrió pensar que él fundo a los escuderos?

Es evidente que hay una temática dominante que nos hace pensar en la presencia del Espíritu Santo y que, por tanto, está requiriendo una misión institucional, la cual está genéricamente dada, pero que recién empieza a manifestarse ahora como fruto de la circunstancia.

Creo que estamos en el punto de partida de ese módulo que señala el crecimiento adulto de la Institución. De este crecimiento adulto depende la supervivencia misma de FASTA.

Permítanme una comparación tomada de un viejo juego de palabras latino: los chicos de las agrupaciones menores -caperuzas, escuderos y templarios- parecen milicianos, pero no lo son, porque están las formas pero, les falta tanto...

Los de las agrupaciones juveniles, ni parecen ni son, porque están en el deslinde de las definiciones vitales.

Los miembros de la Agrupación Mayor no parecen, pero son, porque tienen ya resuelta, en parte, la realización de sus vidas, resueltas ciertas problemáticas existenciales que son las únicas que permiten fundar con seriedad un crecimiento adulto en FASTA.

Sé que es muy difícil, muy seria, la tarea emprendida, porque se trata de construir el Reino con la dimensión adulta, con el crecimiento adulto de la Institución<sup>1</sup>.

Contamos con una pedagogía que podrá mejorar o no, podrá funcionar mejor en un lado que en otro; pero está claro que la manejamos.

Aquí, en la Agrupación Mayor, no podemos jugar con indefiniciones. Podemos comprender las indefiniciones en las agrupaciones menores. En ustedes, los mayores, no.

Es decir, ustedes son o no son.

Y aquí vale lo que dice el Evangelio: " sea tu hablar sí, sí; no, no; todo lo que de esto excede del mal procede".

Por eso no vale la dubitativa: "que voy... que no voy... que más tarde... que a las quince, no... que a las diecisiete".

Estamos en un momento muy importante de la Institución, diría casi una refundación; y, como toda refundación, corre implícitamente el riesgo pertinente.

De ahí lo grave de la cosa, porque no se trata de que nos desinterese de lo que hemos hecho y, consecuentemente, tengamos que seguir haciéndolo pero, además, sumemos a esto lo que queremos hacer, es decir, asumir la nueva responsabilidad institucional que tiene la envergadura de una obra adulta.

Se trata de una suma que puede llegar a tener una extraña multiplicación de efectos.

En las exposiciones que escuchamos es necesario aclarar adónde va la Agrupación Mayor, cómo funciona esta Agrupación.

No tengo ninguna duda de que nuestro objetivo no es hacer comunidades de base, porque la nota de eclesialidad de lo nuestro la tiene la Institución. Por esa razón, no tenemos que insertarnos en

---

<sup>1</sup> Para entender mejor esta afirmación hay que recordar que, cuando se redacta este texto, aún no se había llegado a la fundación de la Ciudad Milicana.

ninguna cosa que nos dé la nota de eclesialidad, ya que la tiene la Institución, como tal, a partir de la Orden Dominicana.

Lo cual no significa que no valgan las comunidades eclesiales de base. Valen, sí, pero no para nosotros, porque para nosotros no son un fin. Llamarnos comunidades de base es un modo, pero no un fin<sup>2</sup>.

El fin es el institucional, y la nota de eclesialidad la toma esta comunidad de base de la Institución; consecuentemente, no nos proponemos, como fin, hacer comunidades de base.

Nuestro fin es construir el Reino en, por y a través de la Institución, tratando de que su totalidad esté insertada en FASTA y sea un testimonio válido de la presencia visible del Reino de los cielos en medio de los hombres.

Ése es nuestro objetivo, ésa nuestra propuesta: la construcción del Reino en permanente unidad con la dimensión eclesial desplegada en FASTA.

Y ésta es la razón por la cual las comunidades de base no son un fin sino un medio.

Este tema me preocupaba desde hacía bastante tiempo y me llevó a concretar la experiencia de la Agrupación Mayor en Tucumán. Las comunidades de base existentes se asemejaban a satélites desprendidos de un astro y empezaban a girar en su órbita sin ningún nexo con el astro madre ni entre sí.

Los milicianos desprendidos del Ruca estaban girando en su propia órbita; lo mismo pasó con las comunidades de base en el primer nivel de su realización. Ahora había que armar una constelación, una galaxia con todas las órbitas que se encontraban desprendidas.

---

<sup>2</sup> Todavía no hablamos de "convivios" ni de "comunidades apostólicas". No hay que olvidar que en ese tiempo FASTA pertenece a la Orden Dominicana como una Fraternidad Seglar de la misma.

¿Cómo haríamos para que toda esta obra del Espíritu Santo pudiera incorporarse a la estructura orgánica de la Institución, es decir, para retomar la misión? Como solución me propuse volver a los orígenes.

Me preguntaba: serán válidas las experiencias de la comunidad de base? No sólo lo eran, sino que lo son y lo siguen siendo. Pero debíamos insertar la comunidad de base en la Institución.

Por otro lado, era necesario que la Institución asumiera su crecimiento adulto; para eso había que volver a los orígenes, no equivocarnos. Eso lo aprendí andando a caballo en la cordillera: me extravié y no encontraba el camino correcto para descender; cada vez que intentaba un nuevo camino, y no lo encontraba, volvía al punto de partida y buscaba otro; y así hasta encontrarlo.

Por eso digo que, para no equivocarnos, hay que volver a los orígenes: es decir, volver al Ruca para que esta experiencia se inserte en lo institucional.

Claro que también es necesario cambiar la idea de Ruca. El Ruca no puede identificarse pura y exclusivamente con la acción de las agrupaciones menores. Hay que incorporar al mismo la acción de aquellos que no están ya en las agrupaciones menores<sup>3</sup>.

Señores, esto hay que hacerlo; hay aquí una necesidad de volcar creatividad, imaginación. No podemos ser simplemente repetidores de cosas.

Hay pedagogías válidas para ciertos momentos y estructuras que no son válidas para otros. Lo que sigue siendo válido es que esta dimensión de la Institución adulta tiene que recrear su simbología, su mística, sus cánticos, su actividad, con entusiasmo, con fervor, como lo hicimos en aquellos veinte años de trabajo en

---

<sup>3</sup>Esta problemática se resolvió años después, cuando el Consejo Plenario determinó dar autonomía a la Organización de Juventudes, donde se insertaron los Rucas, y se organizó FASTA en jurisdicciones equivalentes a las diócesis donde trabajan.

que fuimos creando la metodología de acción para las agrupaciones juveniles.

## **TENEMOS QUE PENSAR EN ESTA NUEVA ACCIÓN**

Aquí se requiere imaginación, porque estamos frente al compromiso empresarial de la Institución. Somos una empresa apostólica, pero, si somos empresa apostólica, nos comprenden, por lo menos, las generalidades de la ley.

No perdamos tiempo: somos grandes, todos estamos comprometidos, somos gente seria. Si creen que a esta altura de la vida podemos caer en la desazón de decir que FASTA es un grupo de gente que se reúne para ver qué es FASTA, todos nos hemos equivocado.

Nuestra misión es construir el Reino. Conocemos la dimensión espiritual de nuestra tarea, las opciones de la fe; entonces, construyamos el Reino.

Vimos las condiciones que tiene la acción para la construcción del Reino. Pero, conocidos estos condicionantes, definidas estas estrategias económicas, políticas y sociales, las de poder, las de infiltración, las que ustedes quieran (porque la temporalidad tiene tantos matices que permiten poder pensar en distintas posibilidades), todas valen cuando no tienen que ser justificadas por sí mismas.

Reitero: o planteamos cosas en grande o no crecemos. Si seguimos el esquema de apoyamos en el cura de turno para que nos atienda en la parroquia, para que nos dé un saloncito, esto será bienvenido, por supuesto, pero no es todo. Hay que pensar que tenemos que llegar a valernos por nosotros mismos; y esto no se lo tome como un desafío para ser asumido por nadie en particular.

Definamos el espíritu y el estilo y determinemos los objetivos; de allí surgirán las estrategias. Alguno podrá hacer más, alguno podrá hacer menos, no interesa. En FASTA sumamos todo porque todo se realiza en función de integrar el esfuerzo y la iniciativa individual.

Apuntemos donde tenemos que apuntar y lleguemos, sin quebrar nada, adonde tenemos, debemos y podemos llegar. Entonces, sí, este esfuerzo tendrá sentido; de lo contrario, nosotros nos convertiremos en erráticos sateloides que estaremos buscando algo alrededor de lo cual empezar a girar.

----- \*\*\*\*\*-----

Aquí finaliza la exposición del Padre Fosbery. En aquel momento, ya resultaba evidente que las estructuras debían ir transformándose para adaptarse al crecimiento de la Institución.

Ya se hacía notorio que debía aplicarse el dicho: "adaptar el traje al hombre y no el hombre al traje".

Pasados tantos años, las estructuras siguieron cambiando para que la Institución no cambiara. La Institución, a medida que crecía, notaba que la estructura le quedaba chica.

De ningún modo un cambio estructural significa un cambio institucional. El crecimiento de FASTA ha sido tan rápido y dinámico que no puede tener estructura duradera. Y Dios quiera que siga siendo así. Porque, gracias a Dios, la estructura se encuentra siempre desbordada por el impetuoso crecimiento, inspirado y guiado por el Espíritu. Los cambios no responden a ideas personales sino a inspiraciones del Espíritu Santo.

Por último, reiteramos: la estructura debe estar al servicio del espíritu de la Institución para permitir, mediante una constante adecuación, la permanencia inamovible del Espíritu que la anima.

El texto concluyó con una reflexión sobre el diezmo.

## **EL DIEZMO**

Este tema necesita un párrafo especial. El diezmo que debemos a la Institución debe fundarse en un sentido teológico.

Si estamos convencidos de que lo que hacemos es bueno y de que todo lo recibido en la vida es gracia. Hay un deber de justicia que obliga a restituir.

Ninguno de nosotros tiene lo que tiene pura y exclusivamente por su esfuerzo personal.

Todos somos subsidiarios de los demás y en el momento en que vamos logrando los diferentes niveles de realización, por un simple deber de justicia distributiva, tenemos que pensar cómo vamos a devolver a la comunidad lo que la comunidad nos dio. Éste es un modo profundamente cristiano de ver las cosas, en contra tanto del método dialéctico-marxista, que enfrenta los niveles de justicia en la lucha de clases. Como del liberal-capitalista que se agota en la pura realidad individual.

Esto también debe fundamentar nuestro estilo espiritual, porque esta espiritualidad "de bolsillo" me obliga a hacer el esfuerzo de disponer recursos que podría tener para un capricho o una necesidad, y ponerlos, en cambio, al servicio de una obra institucional.

Si cada uno de nosotros asume su responsabilidad, asume también un modo, un estilo para su vida espiritual.

Sería como la contrapartida del religioso o la religiosa que, al hacer su voto de pobreza, renuncia al uso y usufructo de las cosas.

A medida que se van logrando situaciones o posibilidades de recursos personales, en la misma medida deben compartirse con la Institución, y esto a partir de un profundo respeto por la persona y sus propias decisiones.

No se trata de obligar a nadie a pagar el diezmo y, mucho menos, de que "desde afuera" se determine su medida. Se trata de un acto de justicia que cada uno realiza en conciencia frente a Dios.

Somos adultos, cristianos responsables, que cuando anunciamos que vamos a hacer algo, lo hacemos porque estamos convencidos de ello.

En pocas palabras, el diezmo no es otra cosa que uno de los modos con los cuales uno se decide a aportar a la Institución. La primitiva Iglesia se cimentó materialmente con el diezmo de los cristianos.



Si esto no está al servicio de una realidad institucional, será una simple experiencia antropomórfica, sin sentido teológico, y sólo tendrá sentido de realización cristiano en la medida en que tenga valor de servicio a Dios y a los hombres.

Consecuente con el desarrollo propuesto en los párrafos que anteceden, se proponen la meditación de las cuestiones siguientes.

- ¿Comprendo el sentido teológico del diezmo como obligación de restituir todo aquello que por gracia he recibido?
- ¿Entiendo el diezmo como un deber de justicia retributiva?
- ¿Reconozco la obligación, como miembro de una comunidad católica, de privarme de algún gasto superfluo para contribuir al sostenimiento de sus obras?
- ¿Comprendo que este aporte del diezmo debe hacerse de acuerdo con las posibilidades de cada uno, sin coacciones y por propia voluntad?
- ¿Me doy cuenta de que no es la compulsión sino la caridad la que debe impulsar mi contribución material para el sostenimiento de la obra?
- ¿Tomo esa decisión y doy respuesta efectiva al reclamo de mi conciencia?



**e-ISBN 978-987-1312-65-8**

© 2014 CRAI - Universidad FASTA Ediciones,  
Mar del Plata, Argentina